

J.A. Martín

EL VERANO SIN FIN

Un viaje hacia la libertad financiera



EDITORIAL
LETRA MINÚSCULA

Primera edición: abril de 2025
ISBN: 978-84-1090-201-5
Copyright © 2025 J.A. Martín
Editado por Editorial Letra Minúscula
www.letraminuscula.com
contacto@letraminuscula.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

ÍNDICE

Parte I. Byron Bay, Australia	13
Capítulo 1: El hogar	15
Capítulo 2: El encuentro	21
Capítulo 3: Libertad financiera	27
Parte II. Bali, Indonesia.....	33
Capítulo 4: Ahorro e inversión	35
Capítulo 5: Errores financieros	43
Capítulo 6: El Club de los Cinco	51
Parte III. Tahití, Polinesia Francesa	63
Capítulo 7: Tane, el empresario polinesio	65
Capítulo 8: Activos financieros	73
Capítulo 9: Renta fija	77
Capítulo 10: Teahupoo	85
Capítulo 11: Innovación y tradición	93
Capítulo 12: Empresa y emprendimiento	97
Capítulo 13: Renta variable	101
Capítulo 14: Factores de rentabilidad	105
Capítulo 15: Herramientas de inversión	111
Capítulo 16: Índices bursátiles	117
Capítulo 17: Atolón de Fakarava	121
Parte IV. Archipiélago de las Pitiusas, España	129
Capítulo 18: El Etreus	131
Capítulo 19: Inversión inmobiliaria	139
Capítulo 20: El factor suerte	149
Capítulo 21: Espalmador	153

Capítulo 22: Los REIT	159
Capítulo 23: Tierras de cultivo	165
Capítulo 24: La sorpresa	171
Parte V. Jeffreys Bay, Sudáfrica	193
Capítulo 25: El oro	195
Capítulo 26: La plata	209
Capítulo 27: Transición energética	215
Capítulo 28: El cobre	223
Capítulo 29: El litio	227
Capítulo 30: Tierras raras	231
Capítulo 31: El petróleo	235
Capítulo 32: El uranio	241
Capítulo 33: Superciclo de las materias primas	247
Parte VI. Oahu, Estados Unidos	253
Capítulo 34: Una ventana al futuro	255
Capítulo 35: Una visión emprendedora	259
Capítulo 36: La burbuja de las puntocom	265
Capítulo 37: La cultura empresarial	281
Capítulo 38: Pipeline	289
Capítulo 39: Disrupción tecnológica	293
Capítulo 40: Bitcoin	299
Capítulo 41: Nube, 5G e inteligencia artificial	307
Capítulo 42: Inversión en tecnología	311
Capítulo 43: Bahía de Waimea	321
Capítulo 44: El ciclo económico	327
Capítulo 45: Desaceleración económica	335
Capítulo 46: Recesión económica	343
Capítulo 47: Recuperación económica	349
Capítulo 48: Expansión económica	355
Capítulo 49: Inversor de éxito	361
Capítulo 50: La psicología del inversor	371
Capítulo 51: Estrategias de inversión	377

Parte VII. De la teoría a la práctica.

Encuentro anual 2023	393
Capítulo 52: Primera sesión	395
Capítulo 53: Bonos gubernamentales y corporativos	405
Capítulo 54: Activos inmobiliarios	411
Capítulo 55: Sunset Beach	419
Capítulo 56: Materias primas	423
Capítulo 57: Una oportunidad generacional	437
Capítulo 58: Ciclos de bitcoin	447
Capítulo 59: El desenlace	453
Capítulo 60: La enseñanza	459
Agradecimientos	473

ETF, ETC y fondos de inversión citados y

áreas de inversión	477
ETF citados y sus áreas de inversión	479
ETC citados y sus áreas de inversión	485
Fondos de inversión citados y sus áreas de inversión	487
Glosario	489
El autor	511



PARTE I. BYRON BAY, AUSTRALIA

*El mar, una vez que lanza su hechizo,
te atrapa en su red para siempre.*

Jacques-Yves Cousteau

CAPÍTULO 1:

EL HOGAR

Mick vivió su infancia en **Byron Bay**, aquel rincón del mundo en la costa este australiana cuyo nombre se susurraba con admiración entre quienes buscaban la esencia misma de la belleza natural. Una ciudad cuyas calles estaban impregnadas de un ambiente vibrante y lleno de vida, donde músicos, artistas y espíritus bohemios convergían en un torbellino de talento y vitalidad.

Sus playas de arena blanca y olas indomables cautivaban los sentidos de todos aquellos que se aventuraban a explorarlas. En esas orillas, donde la brisa salada se entrelazaba con el sol ardiente, se tejían los recuerdos más profundos de la infancia y adolescencia de Mick. Cada ola que rompía traía consigo un eco de aquellos días interminables de libertad, cuando el surf era una forma de conectar con el mundo.

En una de sus playas más emblemáticas, **The Pass**, tuvo lugar uno de los momentos más significativos de su vida. Junto con Tom, su leal amigo de incontables jornadas bajo el sol, se lanzó a conquistar un tubo perfecto, una proeza que quedaría grabada en los anales de sus intrépidas aventuras. El aplauso efusivo de la multitud congregada en la orilla y un abrazo de hermandad que solo quienes han compartido el mar pueden entender sellaron ese momento de gloria que perduraría en el santuario de sus recuerdos más preciados.

Fue en la suave arena de **Main** donde Mick conoció a la primera chica que despertó en él una fascinación especial. Emma, una joven

surfista de gran habilidad y belleza deslumbrante, atrajo su atención de manera irrevocable. Entre olas compartidas, conversaciones apasionadas y atardeceres dorados, comenzó a forjarse una conexión intensa y auténtica entre ellos. Una mañana, cargada de adrenalina y con el corazón latiendo desbocado, Mick reunió todo su valor y se atrevió a expresar sus sentimientos. Esa declaración, aunque sutil, marcó un instante de dicha incandescente que guardaría en su memoria con nostalgia a lo largo del tiempo.

Sin embargo, las mismas playas que tantas alegrías le habían brindado también fueron testigos de momentos oscuros y perturbadores. En el ocaso de una tarde en **Belongil**, cuando el sol se desvanecía en el horizonte y las aguas se teñían de tonos cálidos, una sombra ominosa emergió de las profundidades. Un tiburón blanco, imponente y silencioso, transformó aquel santuario de libertad en un territorio siniestro y hostil. Ese fatídico encuentro, aunque breve, sumió a Mick en una profunda desconfianza y lo relegó al exilio de la playa durante meses interminables.

Y en la memoria de todos quedó grabado aquel incidente en el que Mick, con valentía, se lanzó al rescate de un joven e inexperto surfista japonés, cuyo arrojo desconsiderado desafió las adversas condiciones del mar en **Tallow**. Las olas, imponentes y traicioneras, lo arrastraron sin piedad. Mick se sumergió en aquel caos embravecido sin dudarlo. Las corrientes violentas, la espuma blanca y el rugido ensordecedor del océano no fueron suficientes para detenerlo.

El rescate fue tenso, lleno de momentos en los que el peligro se hizo tangible, aunque él, con firmeza y templanza, logró salvar a aquel surfista, llevándolo a la seguridad de la orilla.

Esos contratiempos, aunque marcados por la incomodidad, se convirtieron en valiosas lecciones que forjaron el carácter y el temple del joven surfista. Cada caída y cada momento de incertidumbre en el mar fueron una oportunidad para aprender, sobre las olas y sobre sí mismo. El océano, con su imprevisibilidad y poder indomable, lo moldeó, enseñándole a enfrentar la adversidad con paciencia y determinación.

Con el paso del tiempo, forjó lazos profundos con la comunidad local de amantes del mar, y lo que había comenzado como una actividad de ocio se transformó en un estilo de vida profundamente arraigado en su ser. El surf ya no era solo una forma de medir su destreza; se había convertido en una conexión íntima con la naturaleza, un ritual que lo anclaba a la tierra y al mar.

Entre las vicisitudes de la vida playera, el **faro de Byron Bay**, inmutable ante el paso del tiempo, se alzaba como un símbolo de serenidad. Sus escaleras desgastadas, testigos silenciosas de sus pasos, lo llevaban a un lugar de introspección y comunión con el mar. Desde lo más alto, su mirada abarcaba el horizonte, sintiéndose unido a la inmensidad del océano y al espíritu libre de aquel lugar.

* * *

Mick era el menor de tres hermanos, criados bajo el sacrificio y la dedicación inquebrantable de sus padres, John y Samantha.

John, carpintero de oficio, trabajaba tanto por cuenta propia como para pequeñas empresas locales en Byron Bay. En esa ciudad costera, famosa por su crecimiento y atractivo turístico, siempre había demanda para reformas de casas de veraneo y proyectos de construcción. Era un trabajo exigente, pero John nunca se quejaba. Aceptaba cada proyecto adicional, incluso durante los fines de semana y días festivos, con la firme convicción de que ese esfuerzo aseguraría el bienestar de su familia.

Samantha, por su parte, trabajaba largas horas como encargada de limpieza en un hotel de la ciudad, donde las temporadas altas dictaban el ritmo de su vida. Siempre intentaba hacer turnos dobles y regresaba a casa cuando ya caía la noche. Cada verano significaba esfuerzos adicionales, pero ella los asumía con la misma voluntad que su esposo.

A pesar de su incansable labor, las dificultades económicas siempre sobrevolaron la vida familiar, recordándoles que, aunque

trabajaran sin descanso, el bienestar era frágil y las oportunidades, limitadas. Jamás disfrutaron de unas vacaciones, ni se permitieron lujos innecesarios, ya que cada centavo y cada hora trabajada estaban destinados a algo más importante: garantizar un futuro mejor para sus hijos.

El destino trazó caminos diferentes para ellos. **Ryan**, el primogénito, emprendió una meteórica carrera como abogado en Sídney, mientras que **Emily**, su hermana, dedicó su esfuerzo a los estudios de negocios internacionales y ahora labraba su porvenir en Brisbane, capital de Queensland. Ante estos dos referentes tan marcados, Mick se planteó su propio rumbo.

Fue así como, impulsado por una insaciable curiosidad por entender los océanos y su impacto ambiental, decidió inscribirse en la prestigiosa Universidad de Nueva Gales del Sur para estudiar Oceanografía. La sinfonía de las corrientes, los impredecibles patrones climáticos y la efervescente vida marina se convirtieron en su particular obsesión.

Sin embargo, tras años de incansable dedicación, experimentó el agotamiento propio de quien ha navegado por las turbulentas aguas de la formación con entereza. A pesar de haberse graduado con brillantez, la idea de sumergirse de lleno en el mercado laboral no terminaba de apaciguar su inquieto espíritu. Siempre había seguido la trayectoria que la sociedad y su familia le habían marcado: terminar sus estudios y empezar a trabajar. Pero, al acercarse el momento decisivo, se sentía decepcionado. No se alineaba con el sistema, existía algo en su interior que lo empujaba a cuestionar si realmente esa era la dirección correcta.

Había visto a sus padres sacrificarse durante toda su vida. Los recuerdos de su infancia estaban llenos de madrugones, jornadas interminables y noches en las que regresaban a casa completamente exhaustos. La vida de esfuerzo y generosidad que habían llevado, marcada por las dificultades económicas, lo impactó profundamente. En su interior, sentía que algo no funcionaba. No podía precisar qué,

pero sabía que no quería seguir ese mismo ciclo. Había acumulado un modesto capital gracias a trabajos esporádicos durante su etapa universitaria, y ese ahorro emergió como una oportunidad sin par para satisfacer una profunda añoranza: viajar y contemplar el mundo antes de quedar atrapado en la rutina de la vida adulta.

Las historias de su abuelo, un aventurero de alma libre que había surcado los mares como marino mercante, siempre resonaban en su mente. Era su legado de experiencias el que le susurraba al oído, instándolo a labrarse su propio sendero.

Después de largas reflexiones y noches en vela, llegó a una conclusión firme: un año para recorrer el mundo era la respuesta a sus anhelos más profundos. Deseaba viajar, aprender nuevas habilidades y, sobre todo, encontrar el verdadero sentido de quién era y qué quería para su futuro.

CAPÍTULO 2:

EL ENCUENTRO

Antes de lanzarse a su gran aventura, Mick y su inseparable amigo Tom planearon una despedida memorable en **Snapper Rocks**. Las previsiones prometían olas excepcionales, lo que era una increíble oportunidad para que ambos amigos disfrutaran una vez más juntos de la emoción del surf. No se trataba de cualquier destino; Snappers Rocks, considerada la joya de la corona de la costa este australiana, ofrecía una ola de derechas con fondo de arena de clase mundial. Esta maravilla natural se encontraba en **Coolangatta**, a menos de una hora al norte de Byron Bay. El magnetismo del lugar trascendía las fronteras geográficas, atrayendo a miles de surfistas procedentes de los rincones más remotos del planeta. Allí, en aquel enclave icónico, el ambiente vibraba con una energía electrizante. Los bares y restaurantes circundantes desplegaban un abanico tentador de manjares culinarios capaces de satisfacer a los paladares más diversos. El deleite gastronómico se fusionaba con el espectáculo constante protagonizado por los surfistas en su danza con las olas.

Ambos jóvenes llegaron a la playa en las tinieblas del amanecer. Una brisa fresca acariciaba sus rostros, empujando con suavidad las crestas de las olas hacia atrás, dejando un rastro efímero de agua pulverizada que brillaba bajo los primeros destellos del sol. Desde la orilla, podían observar cómo las olas se alzaban majestuosas, rompiendo con fuerza en el horizonte, perfeccionadas por ese viento que las frenaba con delicadeza. De repente, como un espectro surgido de

las profundidades, un surfista audaz se lanzó al vacío desde las rocas. Su dominio quedó patente en la primera serie de olas que abordó con destreza y fluidez.

Mick y Tom se miraron sorprendidos al reconocer al surfista que desplegaba semejante maestría. Era Marcus, una auténtica leyenda del surf local que solía frecuentar las costas de Byron Bay. No se trataba de un desconocido para ellos: habían compartido innumerables sesiones de surf con él y eran invitados habituales de su casa en Byron Bay. Aquel refugio solía convertirse en un punto de encuentro para la comunidad local de surfistas. A pesar de sus cincuenta años, irradiaba una energía imponente y juvenil, conservando la elasticidad y la fortaleza que caracterizaban su juventud.

Aunque poseía varias residencias repartidas por distintos lugares del mundo, su casa de Byron Bay acogía su espíritu y seguía siendo el lugar al que siempre regresaba. Allí, pasaba largas temporadas, convirtiéndose en una figura relevante y respetada en la ciudad.

Su espíritu aventurero lo llevaba más allá de las playas habituales, con frecuentes expediciones a islas remotas, lugares vírgenes donde exploraba olas que jamás habían sido surfeadas por nadie. Representaba el sueño de jóvenes como Mick y Tom, quienes ansiaban seguir sus pasos, descubrir nuevos horizontes y vivir las mismas experiencias que habían forjado su legado.

Sin embargo, lo que ellos no llegaban a conocer del todo, era la historia vital de aquel hombre. **Marcus Bennett**, desde pequeño, había sentido una fascinación poco común por el funcionamiento del dinero. Mientras otros niños leían cómics, él devoraba libros de finanzas que encontraba en la biblioteca local de Byron Bay. Esta pasión lo llevó a estudiar Economía en la Universidad de Sídney. Allí, destacó como un estudiante excepcional, graduándose como el número uno de su promoción, un reconocimiento que lo catapultó a un puesto estatal de gran responsabilidad, donde se convirtió en una joven promesa en el mundo de las finanzas.

Su carrera profesional despegó en el ámbito público, donde ocupó un cargo relevante en el **Departamento de Comercio de Nueva Gales del Sur**. Marcus era responsable de desarrollar políticas económicas y proyectos de inversión que atrajeran capital extranjero a la región. Su capacidad para analizar datos y prever tendencias económicas lo hicieron brillar, lo que lo llevó a ganarse la admiración de sus colegas y superiores. Pero, a pesar del prestigio y la estabilidad que el trabajo le ofrecía, sintió que el ámbito estatal limitaba su espíritu creativo y su aspiración de ser independiente.

Movido por un deseo irrefrenable de emprender y tomar las riendas de su propio destino, decidió dar un giro radical a su vida. Renunció a su cargo público para lanzar su primera empresa: **Chain-Flow Solutions**, una *start-up* tecnológica centrada en soluciones de *software* para la optimización de cadenas de suministro, un nicho aún poco explorado en Australia por aquel entonces.

La idea surgió al observar las ineficiencias en la logística que enfrentaban muchas empresas locales y la falta de soluciones tecnológicas adaptadas a las necesidades de la industria australiana. Fue un salto arriesgado, pero su visión y capacidad para identificar las necesidades del mercado lo llevaron a triunfar. En pocos años, la *start-up* se convirtió en referente en el sector, atrayendo inversiones de grandes fondos de capital riesgo.

El éxito del proyecto le permitió diversificar su portafolio y lanzar otros proyectos relacionados con la tecnología y la sostenibilidad. Con los fondos generados, invirtió en *start-ups* emergentes en áreas como las de energía renovable y de automatización de procesos industriales. Además, fundó un pequeño fondo de inversión que apoyaba a jóvenes emprendedores con ideas prometedoras, convirtiéndose en un mentor para muchos de ellos. Este rol de inversor le permitió mantenerse siempre a la vanguardia de las nuevas tendencias y conservar viva su pasión por el emprendimiento.

Exhaustos pero felices tras la sesión de surf, ambos jóvenes salieron del mar. Mientras secaban sus tablas y se recuperaban del esfuerzo, se toparon con la presencia de Marcus, cuya sonrisa franca y acogedora se apreciaba desde lejos.

—¡Hola, chicos! ¿Cómo ha ido el baño?

—¡Hola, Marcus! —respondieron al unísono.

El gesto amigable de Marcus, sugiriendo que compartieran unas cervezas y algo de comida, fue recibido con entusiasmo por ambos jóvenes. No tardaron en acomodarse en un local cercano, un sitio rústico pero acogedor. Pidieron unas 4XGold, la cerveza local por excelencia, cuyo sabor fresco y ligeramente amargo parecía encajar a la perfección con el ambiente despreocupado que los envolvía.

La bebida fue acompañada por unas tostadas untadas con Vegemite y cubiertas con una generosa loncha de queso, un aperitivo sencillo, pero con esa mezcla de sabores tan típicamente australiana que para ellos sabía a hogar. De inmediato, la conversación fluyó con una naturalidad sorprendente.

Marcus, lejos de centrarse en sí mismo, mostró un genuino interés por sus vidas. Sus preguntas eran sinceras, deseoso de conocer los planes y sueños de aquellos jóvenes surfistas. A medida que hablaban, ellos se sintieron más cómodos, como si Marcus fuera un amigo de la infancia en lugar de la leyenda que tantas veces habían admirado desde la distancia.

Mick, con entusiasmo, compartió su reciente graduación en oceanografía y la valiente decisión que había tomado de explorar el mundo y profundizar en su relación con los océanos. Mientras hablaba de sus planes, Marcus percibía la determinación en sus ojos, ese brillo inconfundible de alguien que está dispuesto a seguir su propio camino sin importar los riesgos. Fue en ese momento cuando, sintiendo una profunda conexión con él, decidió sorprenderlo.

—Resulta que tengo una casa en Bali —confesó con una chispa traviesa en la mirada—. Cada año, durante la estación seca, me

escapo hacia allí en busca de olas perfectas. Es mi base de operaciones para explorar otras olas de la región.

¿Y si empiezas tu aventura por Indo? —propuso con una sonrisa—. Algún destino tendrá que ser el primero, ¿no?

Mick lo miró sorprendido.

Desde que era un crío, sabía que Bali no era solo un destino más en el mapa: era la meca del surf, un lugar casi mítico que parecía existir solo en las páginas brillantes de las revistas. Recuerdo pasar horas observando esas fotos de olas interminables, de tubos perfectos que se formaban bajo el sol radiante, y de ese azul profundo que parecía sacado de otro planeta. Siempre pensé que algún día surfearía allí.

—¿En serio? —preguntó, casi incrédulo, como si no pudiera creer que la primera etapa de su viaje pudiera ser en la Isla de los Dioses.

—¡Claro que sí, tío! —respondió Marcus con una risa, dándole una palmada en el hombro—. ¿Qué mejor lugar para empezar? Olas increíbles, cultura única y un paraíso natural como pocos. Créeme, no te vas a arrepentir.

La propuesta resonó en el corazón de Mick como un regalo del destino. La posibilidad de empezar su viaje en Bali despertaba en él una mezcla de emoción y gratitud.

—¿Qué dices, Tom? —preguntó Marcus de repente, girándose hacia él con una sonrisa—. ¿Por qué no te unes a Mick?

Tom, que hasta entonces había escuchado en silencio, sonrió ampliamente, pero luego negó con la cabeza.

—Gracias, Marcus, de verdad. Me encantaría ir, me flipa la idea de surfear en Bali. Pero no puedo. Mi padre necesita ayuda en el taller, y con todo lo que tiene encima ahora, sería una putada dejarlo solo.

—Lo entiendo perfectamente. Si es por eso no hay más que hablar. Bali estará ahí para cuando llegue el momento.

—Tío, ya nos cuadrará, tenemos que ir juntos —dijo Mick, con un gesto de respeto.

Tom sonrió, aliviando un poco la seriedad del momento.

—Eso ni lo dudes.

—Y bueno, Mick, ¿tú qué dices? ¿te animas? —preguntó Marcus, retomando la conversación.

—No sé. Quizás es demasiado, y...

—Que no le des más vueltas. No lo pienses más, ¿ok? Prepárate, porque, más allá de las olas, que son una auténtica locura, Indonesia te va a gustar de verdad, ya verás.

Mick se quedó un momento en silencio, asimilando las palabras de Marcus, hasta que en señal de aprobación, levantó su cerveza para un brindis, honrando el primer destino de su travesía. Sentía una mezcla de vértigo y emoción, pero sabía que tenía que dejar de pensar y dejarse llevar por la corriente.

CAPÍTULO 3:

LIBERTAD FINANCIERA

Durante el resto de la comida, Mick no pudo evitar observar a Marcus con una mezcla de admiración y curiosidad. A medida que conversaban, no dejaba de preguntarse cómo era posible que aquel hombre, un empresario de éxito, tuviera la libertad de vivir como un espíritu libre, sin las ataduras que suelen imponer los compromisos y las responsabilidades. Marcus parecía moverse por la vida con una ligereza envidiable. Cada historia que contaba, cada anécdota sobre olas lejanas y destinos exóticos, solo aumentaba el misterio que rodeaba su figura.

—¿Cómo tienes tanto tiempo libre? —preguntó Mick, con un tono de admiración que no pudo ocultar—. Lo normal es que estuvieses muy ocupado como para perderte durante meses en busca de olas perfectas. ¿Cuál es tu secreto?

Marcus lo miró con una sonrisa enigmática, saboreando el momento antes de responder.

—¿Mi secreto? —repitió—. La verdad es que no se trata de tener tiempo libre, sino de discernir en qué quieres invertir tu vida. La libertad no viene de tener menos responsabilidades, sino de crear una vida que tenga sentido para ti.

Mi norte siempre fue alcanzar y disfrutar de la **libertad financiera**. A este objetivo me dediqué con una determinación inquebrantable. Lograr esa independencia me ha permitido liberarme de las ataduras del tiempo y abrazar la vida en toda su plenitud.